

ECUADOR Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Freddy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

PuntoyMagenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

74

Quito-Ecuador, Agosto del 2008

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo sobre la coyuntura: Nueva constitución y modelo político / 7-24

Conflictividad socio-política Marzo-Junio 2008 / 25-36

TEMA CENTRAL

Notas sobre las clases medias ecuatorianas / 37-62

Hernán Ibarra

De la vulnerabilidad social al riesgo de empobrecimiento:

sectores medios y transformaciones sociales en América Latina / 63-90

Minor Mora Salas y Juan Pablo Pérez Sáinz

Las clases medias en la estructura social. Apuntes para la discusión / 91-102

María Fernanda Cañete

¿Quiénes pertenecen a la clase media en Chile?

Una aproximación metodológica / 103-122

Emmanuelle Barozet y Vicente Espinoza

Educación y formación de las clases medias / 123-136

Ana María Goetschel

DEBATE AGRARIO

Cartografías de poder. Globalización y campesinos
en la obra de William Roseberry / 137-154

Francisco Javier Gómez Carpinteiro

ANÁLISIS

El mito de la inestabilidad: Estabilidad política y crecimiento económico en Ecuador / 155-186

Guillaume Long

El trabajo al final del Siglo XX / 187-204

Aníbal Quijano

Crónica de un divorcio anunciado: Pachakutik y La Minga Intercultural en Otavalo / 205-224

Rickard Lalander

RESEÑAS

The Globalizers. Development Workers in Action / 225-228

María Moreno

El trabajo al final del Siglo XX*

Aníbal Quijano

El proceso de globalización debe ser entendido como un amplio período histórico comenzado con la conquista de América. Un proceso que supuso el dominio del capital sobre el trabajo y otras formas de producción. Todo esto implicó la colonialidad del poder y la idea de raza. Todas las formas de trabajo y explotación deben ser replanteadas comprendiendo las específicas modalidades de poder implicadas a escala mundial y en el marco del Estado-nación.

La amplia mayoría de quienes observan los procesos y las perspectivas del tramo final del siglo XX, admiten que este período se caracteriza, en lo fundamental, por la globalización. Todos, o casi todos, usamos este término, aunque sería inútil buscar algún consenso inequívoco sobre lo que nombra. Probablemente la idea más familiar, la más difundida en todo caso, se refiere a una integración de la población de todo el globo en una malla común de relaciones económicas y de comunicación, integración que sería un producto del alto nivel de la tecnología disponible, la cual está, además, en continua innovación.

Esta no es la ocasión para discutir a fondo esos problemas. No obstante, apenas para aclarar la perspectiva desde la cual quiero debatir la cuestión del trabajo,

es pertinente dejar algunas de las señales principales de una opción distinta.

¿Qué se “globaliza”? y ¿Por Qué?

Primero que nada, me parece necesario señalar que lo que se denomina así es, ante todo, el modo como se procesa hoy el patrón de poder mundial que comenzó con la constitución de América y de Europa, desde 1492, y cuyos ejes centrales son:

1. la clasificación social básica y universal de la población mundial sobre la base de la idea de “raza”. Esta idea y sus efectos en las relaciones de poder son un producto de la dominación colonial. En consecuencia, dicha clasificación social tiene carácter colonial y es un ele-

* Esta es una versión revisada de la desgravación de una conferencia ofrecida, en octubre de 1998, en el Auditorio de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, con ocasión del Primer Centenario de la fundación de la Confederación General de Trabajadores de Puerto Rico y por generosa invitación de ellos. Y a ellos está dedicada. Publicada originalmente en Bernard Founou-Tchuigoua, Sams Dine Sy and Amady A. Dieng, eds.: *Melanges en l'Honneur de Samir Amin*. Forum Du Tiers Monde, L'Harmattan 2003, pp. 131-149.

mento de colonialidad en el poder. Impuesta sobre la totalidad de la población del mundo, constituye la primera forma global de dominación social.

2. la formación de una estructura de control del trabajo, de sus recursos y productos, que articuló a todas las formas históricamente conocidas (esclavitud, servidumbre, pequeña producción mercantil independiente, reciprocidad y salario) en torno de y bajo el predominio de la relación capital-salario (en adelante, capital) y del mercado mundial. Por el lugar central y dominante del capital en esa estructura, ésta admitió, en lo fundamental, un carácter capitalista y fue impuesta sobre todo el mundo. De ese modo, se constituyó un nuevo patrón de explotación: el capitalismo mundial. Y puesto que se trata de una estructura de control sobre todas las formas de trabajo y que así afecta a la totalidad de la población mundial, también se trata de la primera forma global de explotación social.
3. la división del globo entre regiones identificadas, primero según su lugar en la colonialidad del poder, blancos/europeos, dominantes y los de color, dominados; segundo, según su lugar en la estructura mundial del capitalismo, entre centros imperiales y regiones dependientes. Y, tercero, en torno de Europa como la sede del control central sobre el

conjunto de esa estructura mundial de poder.

4. el eurocentrismo como la perspectiva dominante de intersubjetividad y de conocimiento.

Dicho de manera breve, tal patrón de poder fue, desde el comienzo, mundial, capitalista, eurocentrado, colonial-moderno.¹ Esa específica configuración de poder implicó la constitución de un mundo nuevo, propio. Dado el carácter de sus ejes fundantes, sus tendencias centrales implicaron desde el comienzo al conjunto de la población del planeta. En ese preciso sentido fue "global" desde la partida. Es decir, se ha movido históricamente siempre y de modo necesario como conjunto, aunque dada su heterogeneidad histórico-estructural, sus procesos específicos hayan afectado la vida cotidiana de la población del mundo, sobre todo en su inmediatez, de modo discontinuo y diverso. Por eso, las relaciones entre el carácter global de la configuración de poder y de su movimiento histórico, de una parte, y la percepción de las gentes implicadas, de la otra, han sido, necesariamente, discontinuas. No todas las gentes, ni siempre, han estado en condiciones de percibir la globalidad del patrón de poder, ni su lugar o sus relaciones dentro de él. Ahora, en el tramo final del siglo, es diferente, todo el mundo, virtualmente, habla de la globalización. ¿Qué es, pues, lo que ha llevado al cambio de

1 Una discusión detenida de esta cuestión en Aníbal Quijano: *Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina*. En Edgardo Lander, ed. *Colonialidad del Saber*. CLACSO-UNESCO, 2000. Buenos Aires, Argentina. Versión al Inglés en NEPANTLA, VOL. 1, No. 3, 2000, Duke University, NC, USA.

tales relaciones, en particular de la percepción de las gentes?

Hay un virtual consenso acerca de que el factor de mayor impacto es la creciente velocidad en la comunicación y en la información y de que son los medios tecnológicos disponibles los que la producen. Y es cierto, obviamente, que los medios tecnológicos para la comunicación, el transporte, la producción y circulación de información y de conocimiento, en fin para la producción y circulación de objetos materiales y simbólicos, son más rápidos y eficaces que nunca antes, que abarcan o pueden abarcar todo el planeta al mismo tiempo y que han cambiado nuestras formas de percibir el tiempo y el espacio, así como nuestra propia ubicación respecto de ellos y de las demás gentes.

El mundo humano parece, pues, no sólo haberse encogido, sino integrado dentro de un mundo único, con una única economía, una única política, una única sociedad, con una única cultura. Aunque sobre esta última ya está difundida la idea de la "multiculturalidad", esta categoría parece referirse, principalmente, a aspectos laterales, hasta externos, a los otros, sobre todo a la economía. Por eso, esas otras dimensiones de la existencia social y del poder no están en cuestión. Lo que sí lo está es la identidad. En otros términos, pareciera que todos somos parte de un poder mundial único e integrado de modo sistémico, y en ese sentido específico, globalizado. Y todo eso sería consecuencia natural de la tecnología existente.

Esa perspectiva no es inexacta en todo, pero tampoco está libre de riesgos. Veamos algunos de los principales:

1. Esa imagen implica, primero, que la globalización ocurre como los fenómenos naturales, esto es, sin que las gentes puedan intervenir en ellos para controlarlos y son en ese sentido inevitables, es decir, respecto de ellos las decisiones de las gentes no cuentan mucho. Para muchos, pues, se trataría de algo dado, sobre lo cual no hay, o no caben, sino algunas preguntas puntuales y factuales, y que puede ser usado, y de hecho lo es, para explicar casi todo lo más importante de lo que hoy ocurre en el mundo que habitamos y que nos habita.
2. La idea de que es virtualmente total la integración del patrón de poder emergido con la constitución del capitalismo, de América y de Europa, ha dado lugar al reingreso de una vieja idea eurocéntrica: puesto que toda la población del mundo está ahora, por fin, integrada dentro de un mundo histórico-cultural único, configurado según el patrón eurocéntrico (el dominio del mercado, de las instituciones políticas liberales y del pensamiento racional), la humanidad habría alcanzado sus metas históricas. Eso implicaría que la Historia ha llegado a su plena realización. En adelante, no habría más razones para desear, buscar o esperar cambios históricos fundamentales. Este mundo globali-

zado tiene, pues, carácter ahistórico. En ese sentido, habríamos llegado al "fin de la historia".²

3. Desde ese punto de vista, la Historia no es lo que las gentes hacen y deciden hacer, sino algo que opera por encima de ellas, un macrosujeto, como el Destino o la Providencia, y que se realiza conduciendo la existencia y la historia de la especie. No es sorprendente, pues, que mucha gente admita que la globalización es algo así como un fenómeno natural, que escapa por lo tanto a cualquier posibilidad de control o de intervención humana y respecto del cual, en consecuencia, no cabe otra cosa que adecuar la conducta, los fines, los proyectos, individuales y colectivos, o resignarse a ser simplemente víctimas.
4. Por fin, la globalización implicaría una integración del mundo y del poder tan completa y sistémica como la de un machihembrado, una suerte de maquinaria o de ensamblaje sin fisuras, ni resquicios y del cual, en consecuencia, no habría como escapar, ni tendría sentido pretenderlo.

Por supuesto, esa es una visión mistificatoria, ya que la historia como algo producido por las acciones de las gentes queda oscurecida. Eso impide percibir,

precisamente, las gentes, sus acciones, sus relaciones y los procesos en que toman parte. Entre otras cosas, lo que ha ocurrido y ocurre hoy con las relaciones de poder. De hecho, el poder está fuera de cuestión en la imagen dominante acerca de la globalización.

En fin, la globalidad inherente al patrón de poder vigente ha terminado imponiéndose a la percepción de la población implicada, pero al costo de profundas distorsiones acerca de los otros rasgos fundantes de tal estructura de poder. Con todo, el hecho de que dicha globalidad sea hoy globalmente percibida, tiene decisivas implicaciones.

Más allá de lo que cada uno piense sobre la "globalización", hay algo que me parece muy importante: su debate nos ha obligado a todos a volver a mirar el mundo en su conjunto; es decir, abrir de nuevo, volver a elaborar, una perspectiva global de este mundo y de su específico patrón de poder. Eso, sin duda, nos está permitiendo ver cosas nuevas. Pero lo que es igualmente importante, es que nos está permitiendo ver de otro modo cosas que antes habíamos visto, quizás, parcialmente o mal, y además ver cosas que obviamente no habíamos visto realmente. Y esto es no sólo importante, es en verdad decisivo, porque tiene que ver con la perspectiva de conocimiento misma, no solamente

2 La propuesta original es de Hegel (*Lecciones sobre la Filosofía de la Historia*). Fue retomada por Alexandre Kojève, en Francia, después de la Segunda Guerra Mundial. Y ganó audiencia mundial, junto con la imposición del neoliberalismo, por Francis Fukuyama y su célebre artículo "El Fin de la Historia". Sobre este debate ver mi texto: "¿El fin de cuál Historia?". En *ANÁLISIS POLÍTICO*, No. 32, Setiembre-Octubre 1997, pp. 27-32. Instituto de Estudios Políticos e Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.

con la percepción puntual de los fenómenos con los cuales vamos a trabajar. Todos necesitamos tener en cuenta este cambio de perspectiva en el punto mismo de partida de nuestra conversación sobre la cuestión del trabajo.

La crisis de las relaciones de trabajo en el Capitalismo

Quisiera comenzar explorando la significación que tiene o puede tener un dato que todos aquí, probablemente, conocemos. La estimación estadística más difundida es que a fines de este siglo, o sea dentro de muy poco tiempo, habrá en el mundo aproximadamente 800 millones de desempleados. Esta es una estimación conservadora, ya que solamente cuenta los que ahora buscan trabajo asalariado y no lo encuentran, y no a los que ya no lo buscan o nunca lo han buscado.

¿Qué indica o podría indicar esa información?. Los economistas han acuñado la idea de "desempleo estructural", como admisión empírica de que el creciente desempleo mundial no es una situación coyuntural que podrá ser sobrepasada cuando se arregle la situación, sino, por el contrario, una nueva tendencia de la estructura mundial de las relaciones capital-trabajo, un rasgo inherente a las condiciones del sistema capitalista de este momento y del futuro. Y, en consecuencia, que la tradicional propuesta de "pleno empleo" bajo el capitalismo, sea en el centro o en la periferia, debe ser finalmente abandonada.

De otro lado ya no es tan marginal como hace veinte o veinticinco años, la percepción de que cuanto más altos los

niveles tecnológicos en la estructura de acumulación y de apropiación de la economía contemporánea, la presencia de la fuerza viva de trabajo individual tiende a disminuir, de manera que en los máximos niveles es, probablemente, no significativa. Si esto no es la expresión de una situación coyuntural, sino de una tendencia estructural que se desarrollará conforme lo haga la tecnología respectiva, es inevitable admitir que se trata de una tendencia global de continuada declinación del trabajo asalariado.

Como sabemos, esas tendencias ya han dado lugar a la idea de que el trabajo mismo está tocando a su fin. Esa idea, la del fin del trabajo, es ya relativamente difundida, aunque no realmente discutida, con autores como Jeremy Rifkin (*El Fin del Trabajo*, Paidós 1994. Buenos Aires, Argentina) en Estados Unidos o Dominique Meda (*Le travail, une valeur en voi de disparition*. Champs, Flammarion, 1995. París, Francia) en Francia, entre los más conocidos.

¿Por qué la idea del fin del trabajo? En primer lugar, da cuenta de que en nuestras cabezas, en las cabezas de buena parte de nosotros, se ha establecido una equivalencia, una sinonimia, entre la idea de trabajo asalariado y la idea general del trabajo. Así, en nuestro lenguaje corriente decimos "estoy sin trabajo", o que alguien "no tiene trabajo", cuando queremos decir: "no tengo empleo asalariado" o que alguien otro no lo tiene. Eso significa que hacemos sinónimos el empleo asalariado con la idea general del trabajo.

¿Por qué ocurre así?. En verdad, esta es una indicación de la presencia de la

lógica del capitalismo en nuestro modo de pensar y específicamente de una de sus particulares formas, lo que llamamos la perspectiva eurocéntrica de conocimiento y de producción del conocimiento. Una de las características de esa perspectiva de conocimiento es la tendencia a homogenizar fenómenos que son por su carácter heterogéneos, como el trabajo. Decir que todo trabajo es equivalente a empleo asalariado, obviamente hace percibir como homogéneo algo que por su naturaleza es heterogéneo y esto es exactamente el punto a partir del cual tenemos que comenzar a reabrir las puertas.

Si admitimos que el trabajo asalariado, en tanto fuerza de trabajo individual convertida en mercancía, tiende a declinar, sobre todo conforme se sube los niveles tecnológicos del aparato productivo y que eso no es más una situación de crisis coyuntural sino la tendencia secular inherente a la estructura capitalista de aquí en adelante, esto significa que ciertamente el trabajo asalariado está en cuestión, en crisis.

Entonces otras preguntas son inevitables: ¿qué hacen los trabajadores que no encuentran empleo?. Y ¿qué pasa con sus asociados primarios, sus familias en primer lugar, es decir con la clase social de los trabajadores asalariados?. Porque a ese respecto, 800 millones es una cifra que tiene que ser multiplicada por lo menos por cinco ¿no es verdad?. Bien, ¿qué hacen, pues, los trabajadores? ¿Se suicidan colectivamente?. Si se trata de una economía en la cual hoy no

se puede vivir sin ingresos y el único ingreso posible de los trabajadores proviene del empleo, entonces estamos hablando de un problema absolutamente vital. La pregunta sin duda existe ahora en todas las cabezas. Ahí está la extensa literatura sobre la "pobreza" para testimoniarlo.

En 1991 las Naciones Unidas admitió la necesidad de nombrar una comisión específica para estudiar la esclavitud actual en el mundo. Su más reciente informe, de 1993, indica que más o menos 200 millones de personas están hoy en día en estado de esclavitud en todo el mundo. La OIT por su lado, más o menos por la misma fecha, informaba que sus investigaciones indicaban que había, más o menos, entre 6 y 10 millones de esclavos en el mundo. Inclusive en un reciente informe de un Instituto de Investigaciones en la India, se concluye que sólo en la India habrían alrededor de 3 millones de esclavos.³

¿Qué quiere decir todo esto?. Para comenzar, que la esclavitud no se ha terminado como parecía o que está de regreso. En realidad, existen suficientes indicaciones de que la esclavitud está en curso de re-expansión o re-producción, así como la servidumbre personal, la pequeña producción mercantil y la reciprocidad. Pero, obviamente, no se reproducen como "modos de producción pre-capitalistas". Todo lo contrario, son el producto de las actuales tendencias del capitalismo mundial, de su tendencia de "desocupación estructural". Los trabajadores obligados a vivir en el

3 Sobre estas cuestiones ver de Aníbal Quijano: *La Economía Popular y sus Caminos en América Latina*. CEIS-CECOSAM, 1998. Lima, Perú.

mercado, pero que no consiguen vender su fuerza de trabajo, se ven también forzados a aceptar cualquier forma de explotación para sobrevivir, inclusive la esclavitud. Paralelamente comienzan a reproducirse las redes de esclavizamiento de gentes, como la frontera entre Estados Unidos y México, en el Sur Oeste o en el Sur de Estados Unidos o en la Cuenca Amazónica, lo que significa que se reproduce también la ética social correspondiente. Dadas esas condiciones, no puede ser arbitrario señalar una vinculación entre estas tendencias y las limitaciones crecientes a la presencia de la fuerza de trabajo individual mercantizada, en los niveles tecnológicamente más avanzados de la estructura mundial de acumulación.

Eso contradice una de las ideas más difundidas que hemos manejado virtualmente todos durante este último siglo, ¿no es verdad? Creo que todos podemos admitir esto. Nos habíamos acostumbrado a pensar que el capitalismo entubaba al conjunto la población del mundo, con diferencias de ritmo y de calendario según los lugares, en un único patrón de clasificación social correspondiente a las relaciones capital-salario, y que por lo tanto tendríamos tarde o temprano a todos convertidos sea en trabajadores asalariados, en sectores medios o en burguesía. Muchos han insistido, sin embargo, en que no se desaparecían los campesinos, y que ese fenómeno se había mostrado intratable en esa teoría del capitalismo y de sus clases sociales (Theodore Shanin los llamó, por eso, la "clase incómoda". *The Awkward Class*, Oxford 1972).

Sin embargo, si existen 200 millones de esclavos, si la servidumbre personal

está de regreso, si la pequeña producción mercantil es ubicua mundialmente, ya que es el elemento central de lo que se denomina "economía informal", si la reciprocidad, es decir, el intercambio de trabajo y fuerza de trabajo que no pasa por el mercado, están en proceso de re-expansión, entonces tenemos la obligación teórica e histórica de preguntarnos, si por lo tanto hay algo que no habíamos visto bien en esta idea de que el capitalismo generaba tal único patrón de clasificación social y creo que la conclusión es inevitable: esta idea era básicamente errónea porque nunca ocurrió así y porque, con toda probabilidad, nunca ocurrirá así. Y creo que América Latina es un excelente ejemplo para mostrar que así no fue nunca.

América y el control capitalista del trabajo

América Latina, permítanme recordarnos a todos nosotros, latinoamericanos y latinoamericanistas, es un sujeto fundamental de la historia de los últimos 500 años. Con la constitución histórica de lo que hoy llamamos América, se constituye también el capitalismo mundial y comienza el período de la modernidad. Para hacer visibles estos hechos, quisiera proponer lo siguiente: supongamos que estamos a comienzos del Siglo XVI en América, para entonces exclusivamente lo que hoy es América Latina. ¿Qué cosas encontraríamos en términos de las formas de control y de explotación del trabajo? Probablemente las siguientes cosas y probablemente en el siguiente orden: esclavitud, servidumbre personal, reciprocidad, pequeña producción mercantil y salario. Y toda-

vía sin mencionar lo que se llama economía natural entre los economistas, ¿verdad?. Cinco siglos después, ¿Qué encontraríamos en América Latina y ahora en el mundo entero? De nuevo, probablemente las siguientes cosas, pero probablemente ya en el siguiente orden: salariado, pequeña producción mercantil, servidumbre personal, esclavitud y reciprocidad. Y todavía. los últimos bolsones de economía natural. Quiere decir que en estos quinientos años en que el capitalismo y el mercado mundial se constituyen como dominantes, en realidad no ha habido sino una forma cambiante de articulación de elementos que siempre estuvieron allí.

Necesitamos contrastar esos hechos con ciertos supuestos que han fundado la perspectiva histórica dominante aún hoy. Dos son los más importantes. Primero, la idea de la división de la historia del mundo en dos grandes períodos: pre-capitalismo y capitalismo. La reciprocidad, la esclavitud y la servidumbre son, sin duda, pre-capitalistas en el sentido cronológico, ya que el capital como relación social fundada en el salario llegó después. Pero esa periodización de la historia implicaba también que dichas formas de explotación serían, más tarde o más temprano, eliminados del escenario histórico y reemplazadas únicamente por la relación capital-salario, hasta su agotamiento histórico. La segunda, es la idea de que, por lo tanto, capitalismo es un concepto referido exclusivamente a la relación capital-salario.

Sin embargo, en América la esclavitud no fue una prolongación de la esclavitud clásica, sino un fenómeno histórico y sociológicamente nuevo: fue deli-

beradamente establecida y desarrollada como mercancía, para producir mercancías para el mercado mundial. Así también, la servidumbre personal fue empleada para producir mercancías para el mercado mundial. Incluso la reciprocidad, probablemente lo más opuesto a las relaciones mercantiles - como en la historia de las sociedades mesoamericanas o las sociedades andinas, donde el intercambio no mercantil de fuerza de trabajo y trabajo era el patrón central de organización del trabajo y de producción - fue reconstituida para producir mercancías para el mercado mundial. La mita, institución central de la reciprocidad andina, fue empleada para llevar a la gente a trabajar en las minas, en los obrajes, en las haciendas, para producir mercancías para el mercado mundial. De manera que todas las formas que conocemos hoy de control y de explotación del trabajo, a partir de América fueron reorganizadas todas, ya no como una secuencia de previos modos de producción, sino como formas de organización de explotación y de control del trabajo para producir mercancías para el mercado mundial. Es decir, no solamente existían simultáneamente, en el mismo momento y en el mismo espacio históricos, sino que fueron articuladas en torno del mercado y, por eso, en torno también de la relación capital-salario que desde entonces pasó a ser el eje central de esa articulación y de esa manera se hizo dominante sobre todas las demás relaciones de producción y sobre todo el mundo.

Con América, se establecía pues una nueva configuración de control del trabajo, de sus recursos, de sus productos,

en la cual todas las formas quedaban articuladas en torno de la relación capital-salario y del mercado mundial. Capitalismo, en consecuencia, es una categoría que históricamente no se refiere solamente a la relación capital-salario, sino al conjunto de la nueva estructura de control global del trabajo articulada bajo el dominio del capital. Y, notablemente, lo que comenzó en América es lo que existe hoy en todo el mundo, esto es globalmente: el capitalismo mundial.

Desde una perspectiva global, la relación capital-salario no ha existido, en su posición dominante, separada, mucho menos aislada, de las demás, en momento alguno de la historia de los últimos 500 años. Desde entonces, se ha desarrollado solamente como el eje central de articulación de todas las demás formas de control y de explotación del trabajo. Y con toda probabilidad no habría podido desarrollarse de otro modo. Por consecuencia, el concepto de capitalismo mundial no se refiere solamente a la presencia de la relación capital-salario en todo el mundo, sino al conjunto de la estructura capitalista global de control del trabajo, de sus recursos y de sus productos, dominante sobre todo el mundo.

En cambio, por supuesto, si se pierda la perspectiva del capitalismo mundial y se la reemplaza por una exclusivamente local, sería posible encontrar la presencia virtualmente exclusiva de la relación capital-salario. Eso ha llevado a los economistas liberales, sobre todo desde la Primera Guerra Mundial, a postular, primero, la idea del capitalismo nacional y de la homogeneidad de las economías capitalistas de los países

que ahora llamamos "centrales". Segundo, a colocar según ese criterio como capitalistas a los países "centrales" y a los demás como pre-capitalistas o en curso de camino hacia el capitalismo. A esa visión fueron también arrastrados también los economistas del llamado Materialismo Histórico. Esto es, se impuso sobre casi todos esa curiosa amalgama eurocéntrica entre el evolucionismo unilineal y unidireccional y el dualismo estructural.

Es dudoso, sin embargo, que así ocurra a la escala de todo un Estado-nación, sobre todo si se trata de entidades muy vastas y complejas, ni siquiera en esos países llamados "centrales". En todos ellos, la heterogeneidad histórico-estructural sigue siendo un rasgo inescapable de la realidad, si uno piensa, por ejemplo, en las diferencias entre Chicago y los Apalaches del Sur. O desde la Segunda Guerra Mundial en adelante, la extrema heterogeneidad de las relaciones de trabajo de las "maquilas" y en el trabajo familiar en la producción de calzado en el Mediterráneo, para no mencionar lo que ocurre en el Asia, África o América Latina.

Heterogeneidad histórico-estructural de las relaciones capital- trabajo

Este es uno de los problemas teóricos e históricos que confrontamos hoy, porque ahora podemos percibir que tenemos un nuevo y más complejo universo de relaciones sociales entre capital y trabajo y que, en consecuencia, necesitamos replantearnos la relación trabajo asalariado y capital dentro de esta perspectiva global, así como la relación entre capital y trabajo no-asalaria-

do y la relación entre trabajo asalariado y trabajo no-asalariado.

El trabajo asalariado siempre ha sido una pequeña minoría en el conjunto del trabajo en el mundo capitalista, ya que todas las formas de trabajo han estado operando dentro de la articulación con el capital y al servicio del capital, por lo tanto, como parte del capitalismo. Esto no niega que la relación capital y trabajo asalariado fue el eje en torno de la cual se articularon, desde el comienzo del capitalismo, todas las formas del trabajo.

Esa verificación abre otra cuestión importante: quiere decir que el trabajo asalariado no es el único sujeto antagonista o alternativo al capital, aunque sí fue el central dada su centralidad en la configuración global del capitalismo. Esa centralidad fue sin duda mucho más visible hasta la crisis de los años 70. Pero si avanza el proceso de declinación del trabajo asalariado en las puntas tecnológicamente más avanzadas de la estructura mundial de acumulación, así como la re-expansión de las otras formas de trabajo ¿qué ocurre con la centralidad del trabajo asalariado en la confrontación del trabajo con el capital?. ¿También está entrando en crisis?. ¿Y en consecuencia es indispensable replantear las relaciones del conjunto de la fuerza de trabajo con el capital?.

Estamos aquí hablando de algo sumamente delicado. La idea de que la clase obrera industrial o el proletariado fuera el sujeto antagonista para excelencia respecto del capitalismo, ya tenía la dificultad de hacer de algo heterogéneo, el proletariado industrial, una categoría homogénea; sin embargo, dicha heterogeneidad no era visible para

todos, dado el dominio de la perspectiva nacional en el debate del capitalismo. Ahora, en cambio, la heterogeneidad del conjunto de los trabajadores sometidos al capital en todas las formas de explotación articuladas a su dominio, se presenta de manera más claramente perceptible que antes, debido, precisamente, a la perspectiva de la globalidad. Por lo tanto, el sujeto antagonista del capital no es más uno solo y homogéneo, sino por el contrario una vasta pluralidad heterogénea, con una diversidad de identidades e intereses concretos. No obstante, todos ellos juntos tienen un solo antagonista al frente: el capital. Por lo cual, sus relaciones de conflicto con el capital, sea para negociar con él o para destruirlo, constituyen ahora un problema nuevo y diferente que es indispensable replantear.

Colonialidad de las relaciones capital-trabajo

Esto implica un cambio necesario en nuestra perspectiva habitual acerca de nuestra experiencia y va en contra de la perspectiva eurocéntrica que no nos permitió percibir esos problemas, ni preguntarnos sobre ellos. Tampoco nos permitió ver otros problemas que afectan, de modo igualmente importante las relaciones entre trabajo y capital. Los compañeros que trabajan en la historia del sindicalismo en Estados Unidos saben bien, sin duda, que uno de los problemas centrales del movimiento sindical en ese país, fue la discriminación social fundada en la idea de "raza" o "color", que diferencia y jerarquiza a los trabajadores llamados "blancos" y los de "color". Este conflicto que pare-

ció por un momento entrar en una vía de solución, sin embargo no sólo no se ha resuelto, sino que vuelve a plantearse con mucha más crudeza que antes en diferentes áreas.

Es preciso detenernos un poco en las cuestiones que se plantean con la dominación racial para las relaciones entre capital y trabajo. La idea de raza no existe en la historia del mundo antes de América. Pero desde entonces, desde el comienzo mismo de las relaciones de dominación colonial, fue establecida e impuesta como el más eficaz instrumento de dominación social de los últimos 500 años, como fundamento de la clasificación social básica de la población del mundo, y de ese modo asociada al capitalismo, a su vez el primer y más eficaz patrón global de control del trabajo.

La idea de raza no se apoya en ámbito alguno de la realidad biológica de la especie. Pero fue impuesta profunda y perdurablemente en la intersubjetividad de la población mundial, tanto entre sus beneficiarios, como entre sus víctimas. Es el más profundo y perdurable producto de la experiencia colonial, y sin el colonialismo originado a partir de América no hubiera sido posible. Pero el colonialismo ha quedado atrás y su más perdurable producto aún forma parte constitutiva del específico patrón

de poder vigente. La raza es, pues, un elemento de colonialidad en tales relaciones de poder.⁴

No tenemos ahora la ocasión de ir muy lejos en la exploración de las implicaciones de dicha colonialidad del poder en las relaciones entre capital y trabajo. Pero hay algo que todos podemos observar. Y es en verdad algo muy notable: no puede ser una coincidencia o simplemente un accidente histórico que la inmensa mayoría de los trabajadores asalariados de más bajos salarios, así como la inmensa mayoría de los trabajadores no-asalariados, esto es, la inmensa mayoría de los trabajadores que son los más explotados, dominados y discriminados, en todo el mundo, donde quiera que estén, son las gentes llamadas de razas inferiores o de color. Y de otro lado, la inmensa mayoría de ellos habita, precisamente, los países que llamamos periferia, subdesarrollados, etc., y todos los cuales fueron, curiosamente, colonias europeas.

Hasta la crisis de los 70s del siglo XIX, el trabajo asalariado estaba, principalmente, en lo que llamamos el "Centro". Y el trabajo no asalariado, la esclavitud, la servidumbre personal, la reciprocidad, estaban sobre todo en la "Periferia". Pero, aunque todo eso constituía y constituye hoy un único sistema, fuimos acostumbrados a pensar que

4 La idea de raza o color es uno de los productos centrales de la dominación colonial específica que comenzó con América. Ha servido a los colonizadores *blancos* para controlar el poder mundial, como criterio de clasificación social básica de la población del mundo y para el control del capitalismo mundial, como elemento de la división social del trabajo. Ver de Aníbal Quijano: *Qué Tal Raza*. En CECOSAM 1999: FAMILIA Y CAMBIO SOCIAL. Lima, Perú. Y en REVISTA VENEZOLANA DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES, vol. 6, No. 1, 2000, pp-37-45, Caracas, Venezuela. Sobre las relaciones entre raza y biología, ver de Jonathan Marks: *Human Biodiversity. Genes, Race and History*. Aldine de Gruyter 1994. New York, USA.

eran dos mundos separados, no sólo como geografía del capitalismo, sino en el tiempo, entre capitalismo y pre-capitalismo. La visión del tránsito entre ambos consistía, por lo tanto, en un proceso de llegar a ser como Europa o como Estados Unidos. Es decir, todos los países del mundo tendrían alguna vez una economía homogéneamente capitalista, las poblaciones de todos los países serían ubicadas en las diversas clases sociales según los roles y los rangos del capitalismo.

Semejante visión no tomaba en cuenta, obviamente, la profunda y radical asociación entre el patrón de dominación social armado en torno de la idea de raza y el patrón de explotación del trabajo bajo la dominación del capital. Y que en consecuencia la clasificación de las gentes en el poder no se fundaba, nunca se fundó en realidad, solamente en los roles y en el lugar de las gentes en el sistema de explotación, excepto en términos locales y sólo en los espacios donde la discriminación de raza estuviera ausente. Y ahora, desde una perspectiva global, desde la perspectiva del patrón mundial de poder configurado en torno de la colonialidad y del capitalismo, podemos por fin ver que no era así, que la clasificación de las gentes, desde América en adelante, tuvo siempre al globo como su contexto y como su escenario. Que las diferencias entre "Centro" y "Periferia", la distribución de identidades geoculturales, la distribución del trabajo, y la distribución de regímenes socioculturales y políticos en el mundo, no podrían ser explicadas sin esa articulación entre ambos ejes del patrón de poder mundial.

Reclasificación social de la población mundial

Como vimos, el patrón de poder mundial que hoy es vigente no consiste solamente en un patrón de explotación del trabajo, el capitalismo, sino también en un patrón de dominación, racial. Por lo tanto, la clasificación social de las gentes en este patrón de poder es el resultado del modo en que se articulan los dos ejes del poder en el mundo, no sólo en uno de ellos. Eso nos abre una cuestión necesaria. Actualmente, el control y la explotación del trabajo es mucho más complejo y está cambiando profundamente debido a las nuevas relaciones entre capital y salario y entre capital y trabajo no-salarial. Y el patrón de dominación está igualmente en crisis a escala mundial

En un lado, aún cuando la población asalariada nunca dejó de ser minoría dentro del conjunto de los trabajadores sometidos al capitalismo mundial, la tendencia de mercantización de la fuerza de trabajo era hasta antes de la crisis de mediados de los 70 de este siglo, la tendencia predominante. En ese sentido, bien podría decirse que no era del todo infundada la percepción de que tarde o temprano uno de los ejes del patrón de clases sociales del capital sería finalmente el único, no sólo el dominante. Actualmente, sin embargo, aún cuando la mercantización de la fuerza de trabajo es, probablemente, todavía la tendencia más universal concerniente al trabajo en el capitalismo mundial, el hecho de que sus límites sean visibles y crecientes en los niveles tecnológicamente más altos de la estructura mundial de acumulación

capitalista, implica que el asalariamiento de los trabajadores continúa expandiéndose en el mundo, ya sólo de modo equivalente a como avanza un reloj que atrasa sistemáticamente.

Si la esclavitud, la servidumbre personal, la pequeña producción mercantil independiente y la reciprocidad tienden a reproducirse conforme se profundizan las actuales tendencias del capital; si, en consecuencia, el salariado podría no ser sino una de las tendencias en curso, todo eso implicaría que los dominantes del sistema capitalista y las capas medias asociadas a ellos, no se relacionan en el control del trabajo solamente con el salariado, ni real, ni tendencialmente.

De otro lado, las modalidades de dominación social universal, fundadas sea en las diferencias sexuales o en las diferencias llamadas raciales, están sin duda en plena crisis. En un mundo marcado por la heterogeneidad histórico-estructural y la discontinuidad de sus movimientos históricos, dicha crisis tiene momentos, formas y límites diversos. En unos lados se trata de imponer la relegitimación de las peores formas de esa dominación, mientras en otros avanza, aunque irregularmente, la desintegración de la intersubjetividad en la cual esa dominación se asienta. Globalmente, en todo caso, esa dominación está material y subjetivamente en crisis.

Una inferencia hipotética parece ser inescapable, no obstante toda su provisoriedad mientras procede la investigación: *estamos inmersos en un proceso de reclasificación social de la población del mundo, a escala global*. Es decir, las gentes se distribuyen en las relaciones

de poder, en una tendencia que no se restringe solamente a las relaciones capital-salario, sino que ahora concierne más a todo lo que ocurre con el conjunto de la explotación capitalista, así como con las viejas formas de dominación social embutidas en esos constructos mentales de la modernidad que se conocen como *raza* y *género*.

Poder capitalista y crisis de las relaciones de trabajo

¿Cuáles son o pueden ser las implicaciones de estas tendencias para el destino del poder en su conjunto y en especial para los trabajadores?

Hay aquí muchas y muy importantes cuestiones implicadas. Aquí, en esta ocasión, quiero abrir sólo algunas de ellas ya que no dispondremos de mucho tiempo. Hoy trabajamos y pensamos todo eso en el marco de una profunda derrota, una derrota mundial. Y creo que es indispensable pasar revista a lo que ha sido derrotado. Ha sido derrotado lo que era llamado el "socialismo realmente existente"; han sido derrotados los que se llamaban "movimientos de liberación nacional", incluido lo que se llamaba el "socialismo africano". Han sido derrotados los esfuerzos de "desarrollo" - es decir, de *llegar a ser como* los países del "centro" - de los países llamados del "Tercer Mundo" o de la "Periferia". Han sido inclusive derrotados los rudimentos de Welfare State que estaba constituyéndose en ciertos países "periféricos". Y en el propio "Centro", el Welfare State se bate a la defensiva. El movimiento sindical está a la defensiva, cede trinchera tras trinchera y tiene que hacer cada vez con-

cesiones muy grandes. Uno de los hechos emblemáticos de esa derrota sindical, ocurrió no hace mucho en Alemania - país sede de uno de los más exitosos y perdurables experimentos de Welfare State y de pactos explícitos entre capital y trabajo asalariado - cuando los trabajadores de la Volkswagen fueron forzados a aceptar una muy drástica reducción de sus salarios como condición para mantener sus empleos. Esto es el fin de Weimar, dijo entonces Oskar Negt, último heredero radical de la Escuela de Frankfurt y Profesor de la Universidad de Hannover, donde está la sede central de la VW.

Lo que vemos, lo que podemos ver, es que fueron derrotadas muchas cosas que fueron muy diferentes en concreto entre sí, pero que a mi juicio tienen todas un elemento común. Todos esos movimientos, organizaciones y regímenes plantearon el problema del poder en términos de una única estructura de autoridad pública: el Estado-nación. Eso, incluso cuando el discurso político apelaba a un sedicente internacionalismo.

Eso dejaba pendientes dos cuestiones mayores. Primero, que la clasificación social básica de la población del mundo en términos raciales, o en otros términos, la colonialidad del poder, ha permitido que los procesos de nacionalización/democratización de sociedades y estados fuera desarrollada en el "Centro", pero constantemente bloqueada en la "Periferia". Por ejemplo en América Latina, a pesar de ser una de las primeras regiones donde el colonialismo europeo fue erradicado, la colonialidad del poder no ha podido ser

nunca erradicada del todo y en algunos lugares ni siquiera reducida o seriamente cuestionada. Por lo cual, desde mi punto de vista no hay en América Latina un sólo Estado-nación plenamente constituido. México, inició temprano un proceso de nacionalización de la sociedad, pues la guerra civil revolucionaria entre 1910 y 1927 fue ante todo un proceso de descolonización de las relaciones sociales, es decir de democratización de la sociedad. Pero ese proceso fue temprano mutilado y desde fines de los 70s. no sólo se ha "interrumpido" ("revolución interrumpida" es el concepto acuñado por Adolfo Gilli), sino que ha sido derrotado y sus consecuencias están a la vista. En el Cono Sur de América Latina, Chile y Uruguay fueron los países donde la nacionalización fue la otra cara del exterminio genocida de las poblaciones aborígenes. Pero en todas partes, el proceso está contenido y en riesgo, precisamente porque la descolonización social, la democratización de la sociedad y del Estado, están en riesgo más que en momento alguno de los últimos 200 años. Hablo por ejemplo de mi propio país, el Perú. Allí después de décadas de esfuerzos por democratizar la sociedad peruana y su representación en el Estado, es decir, de nacionalizar la sociedad y su estado, el proceso ha sido detenido y sufre un profundo retroceso. Este puede ser un ejemplo extremo en América Latina. Pero esa es la tendencia del conjunto de América Latina.

En segundo término, que incluso en los casos en que pareció exitoso el proyecto de conquistar el dominio del Estado-nación como eje y punto de par-

tida para resolver los problemas de la dominación de los pueblos y de la explotación del trabajo, la experiencia ha dejado rigurosamente claro que no era ese el camino más adecuado. De hecho, la derrota mundial a la que antes he aludido, y en especial la desintegración del "socialismo realmente existente", ya estaba implicada en la adopción de ese camino estratégico.

Ambas cuestiones remiten a un problema en la perspectiva de conocimiento, en el eurocentrismo en definitiva. No tendremos hoy el tiempo necesario para examinar tan complicado asunto⁵. De todos modos, sugiero que la propensión de pensar los fenómenos histórico-sociales como si fueran homogéneos, de estructura dual, y actuando históricamente de modo evolutivo unilineal y unidireccional, es una de las explicaciones centrales de esa derrota.

En efecto, si las clases sociales fueran homogéneas y actuaran en la historia de modo lineal y evolutivo, los dominados/explotados podrían conquistar como unidad homogénea un Estado-nación homogéneo. Ya es más controvertible que pudieran también conducirlo homogénea y evolutivamente en dirección a su propia destrucción. Pero la población trabajadora ha sido siempre heterogénea, no sólo a escala mundial, sino en cada lugar, en cada país. No puede actuar históricamente de manera homogénea, ni continua y

evolutiva. Ahora es más heterogénea y discontinua que nunca antes. Y aunque todos los trabajadores tienen en el capital un antagonista común, no cada sector o en cada momento lo tienen de la misma manera. Por lo cual es difícil que se pueda transformar en una o única fuerza organizada, cuyo único interés conjunto fuera luchar por el control de un único estado y partir de allí a la "construcción" de otra sociedad, como solía decirse antes de la derrota.

El estado no se ha desaparecido, ni se va a desaparecer a corto plazo. El capital necesita más que nunca el Estado, pero no el llamado moderno Estado-nación. Porque el moderno Estado-nación requiere, para ser efectivo, un proceso de relativa, pero real e importante, democratización del control del trabajo y de la autoridad pública. Esto es absolutamente incompatible con la actual tendencia dominante del capitalismo, sometido en su conjunto al interés de creciente re-concentración del control del trabajo, de recursos, de productos, y para todo lo cual requiere re-concentrar aún más el control del Estado. El neoliberalismo insiste, y eso es casi cómico, en que el mercado es contrario al Estado. Pero eso no tiene sentido en la realidad. Sin Estado, ese mercado sería simplemente imposible. La entrega de la producción y distribución de servicios públicos al mercado dominado por las corporaciones, es una

5 Discuto algo más extensamente esas cuestiones en *Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina*. En Edgardo Lander, ed. COLONIALIDAD DEL SABER. CLACSO-UNESCO 2000. Buenos Aires, Argentina. Versión al Inglés en NEPANTLA, Vol. 1, No. 3, 2000. Duke University, NC, USA. También puede verse *El Fantasma del Desarrollo en América Latina*. En Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, vol. 6, No. 2, 2000, pp. 73-90. Caracas, Venezuela.

imposición del Estado. Pero para eso ha sido necesario primero desalojar del Estado a la representación política de los intereses sociales de las capas medias y de los trabajadores. Es decir, ha sido necesaria una re-privatización del Estado, para re-privatizar el control de la economía

En otros términos, el capitalismo requiere des-democratizar y des-nacionalizar sociedades y estados. En consecuencia, el eje principal de conflicto de poder parecería, a primera vista, en sostener o restaurar el carácter de Estado-nación de la autoridad pública. Y en efecto, en el punto de partida y también por un momento no desdeñable, la lucha de los trabajadores y de las capas medias empobrecidas contra los efectos más nocivos del neoliberalismo, sin duda tenderá a reconquistar lo que les ha sido arrebatado. Y para eso, será también necesario recuperar lo que habían logrado conquistar como representación, o por lo menos de intermediación política, en el Estado.

En esa lucha, sin embargo, será tarde o temprano descubierto que esas conquistas no pueden ser afirmadas, ni estabilizadas, sino por la ampliación continua y cotidiana de la democracia en la sociedad y que eso implica individuos libres y socialmente iguales, que por eso tengan, todos, igual acceso a tomar parte en la generación y en la gestión de las instituciones de autoridad pública en la sociedad. Es decir una ciudadanía que no se restrinja, ni se agote, en el ritual ejercicio del voto. Porque esa es la conquista principal de la modernidad: los individuos para ser libres requieren ser socialmente iguales. *La democracia es, por eso, un interés*

social material de la sociedad, no sólo una aspiración ético-estética. Por lo tanto, también es un campo de conflicto en la sociedad, como ocurre con todo interés social genuino.

La afirmación y la estabilización de la democracia en la sociedad, requiere una lucha constante por su ampliación en la vida cotidiana de esa sociedad. Eso requiere, sin duda, la descolonización de las relaciones de poder, en primer término. Y dada la notable y más compleja heterogeneidad histórico-estructural de la población dominada y sometida al capitalismo, en todas las formas de control del trabajo; en todas las formas de dominación y de control, de raza o de género, en todas las formas de control del sexo, el trabajo, de la subjetividad, de la autoridad, de la "naturaleza", y de sus respectivos recursos y productos, la democracia como forma de vida cotidiana de la sociedad requiere un universo institucional también heterogéneo, que sin duda rebasa la institucionalidad del Estado-nación. Aún el más moderno, esto es, el más democrático de los Estados-Nación está armado en función del poder del capitalismo, en el cual la democracia es ahora sobre todo un campo de conflicto porque interesa cada vez menos a la burguesía, ya que sus intereses llevan, exactamente debido a la globalización, a la continuada reducción de los márgenes de democracia en la sociedad y en el Estado.

Se sabe bien que en la esclavitud o en la servidumbre personal ninguna forma de democracia es posible en la sociedad, ni en su Estado. Los límites de lo que puede conquistarse en el capital-

salario son conocidos. Y el "socialismo real" mostró esos límites de modo aún más decisivo. Eso sugiere, seguramente, que sería más bien en relaciones sociales de reciprocidad y bajo formas de autoridad de carácter comunal, donde la ciudadanía plena, la libertad individual, la diversidad cultural y la igualdad social y la solidaridad social, son y pueden ser viables en el largo plazo, como formas cotidianas de la existencia social en el vasto universo de la diversidad y de la heterogeneidad histórico-estructural. No es, por eso, seguramente accidental que en muchos lugares del mundo estén apareciendo formas comunales de autoridad pública y formas de organización del trabajo en términos de reciprocidad. Estas formas, no solamente sirven ahora para asegurar la sobrevivencia, sino también como parte de un proceso histórico alternativo al de un poder fundado en la colonialidad, como instrumento de dominación, y en el capitalismo como modo de explotación. Tales experiencias de reciprocidad y de comunidad se combinan y se articulan de muchos modos con el Estado y con el mercado. Nada podría existir, hoy, por separado de éstos. Pero ahora es patente que tampoco solamente con ellos. Lo que quizás veremos en el futuro, por lo tanto, en un mundo heterogéneo, serán heterogéneas combinaciones entre todos esos procesos.

El mundo es realmente muy heterogéneo. Seguramente veremos en adelante no solamente las combinaciones, sino también los conflictos. Tales conflictos se moverán entre el extremo mercado-Estado y el extremo comunidad-reciprocidad, haciendo muchas combinaciones posibles.

En América Latina eso comenzó a ser relativamente visible desde muy temprano, para una parte, es verdad que minoritaria, del debate. Nuestras investigaciones en el famoso debate de la marginalización en América Latina apuntaban, ya en los sesentas, a la idea de la declinación del salariado, por la pérdida de interés y de capacidad del capital para convertir toda la fuerza de trabajo mundial en mercancía. Ese proceso comienza a ser visible ahora para cada vez más gentes. Tanto que hasta se puede hablar del fin del trabajo.

Las perspectivas próximas

He procurado aquí, sobre todo, abrir cuestiones cuyo debate me parece necesario y urgente, en particular entre los trabajadores. Lo he hecho de manera apretada y esquemática, en el breve tiempo del cual disponemos. Permítanme ahora terminar con unas pocas notas sobre el nuevo período que estamos comenzando.

Si observamos el escenario mundial, dos notas son claramente perceptibles. En primer término, el agotamiento del inmenso atractivo del neoliberalismo que la burguesía logró imponer después de la crisis mundial comenzada a mediados de los 70s. Sus terribles efectos sobre la mayoría de la población mundial son no sólo tan visibles, sino sobre todo tan potencialmente conflictivos, que han llegado a preocupar a los capitanes políticos de la burguesía mundial. El empobrecimiento cada vez mayor de la mayoría de la población mundial, la polarización social extrema (un 20% de la población mundial controla el 80% del Producto Mundial), no

llevan a la estabilización y a la relegitimación del patrón mundial de poder actual, sino a su más profunda crisis, tanto en las relaciones capital-trabajo, como en las relaciones entre "razas" y "géneros", así como en el modo eurocéntrico de producir conocimiento. En segundo término, estas tendencias y las insostenibles situaciones que se han creado en todo el mundo, ya han desatado la resistencia de sus víctimas, lo que agudiza la preocupación de los beneficiarios. Las numerosas huelgas de asalariados, en todo el mundo, las luchas políticas contra los regímenes que solo sirven a los fines del capital financiero, las disputas de hegemonía sobre los mercados de Asia, América Latina, son las señales de que ya hemos

ingresado en un período de grandes tormentas sociales y políticas en todo el mundo. El tiempo de la derrota está terminando.

La resistencia, sin embargo, no será suficiente ni siquiera para reconquistar lo perdido. Aunque después de las derrotas las luchas se reinician siempre con la memoria de las gentes, por lo tanto en busca de reconquistar lo que fue perdido, no es la nostalgia, sino la esperanza, es decir, el futuro lo que tiene que ser confrontado. En ese derrotero, las luchas por la continuada ampliación de la democracia en las relaciones sociales cotidianas, más allá en consecuencia de los límites del Estado-nación, ya están en el horizonte.